

El mar aquieta velas a la sombra del mástil,  
el mar aquieta sombras en la vela del mástil,  
en la vela del mar el mástil y las sombras.

Sereno el mar en sombras en la noche cerrada,  
encerrada la noche brilla la plata mar,  
encerrada la plata brilla la noche mar.

Jazmín que entreabre hojas pétalos de marfil,  
rosa que entreabre hojas pétalos de rubí,  
clavel que entreabre hojas pétalos de coral.

Pétalos se derraman desertizan el fuego,  
el coral se derrama desertiza claveles,  
el jazmín se derrama desertiza marfiles.

Tú vienes con el ramo y con tus manos blancas,  
negro de madrugada nocturno y alevoso,  
y me miras en ciernes y con tus manos blancas.

Me miras y no ves el negro de tus ojos,  
el verde de mis ojos las llamas de tus ojos,  
el iris de tus ojos pupilas irisadas.

Luna mengua en tus manos luna mengua en las mías,  
mis dedos de crisol son agua y desvanecen  
la luna de tus manos y el iris de las mías.

Los jardines se incendian en un pulso de abril,  
y vaga la doncella y busca la acrobacia  
mas las princesas mueren con el himen intacto.

Y nieva en los castillos los copitos en llamas,  
esa nieve flamígera que asusta las montañas  
y se convierte en río río lleno de ámbar.

La corriente se escapa resucita en jardín,  
esmeralda de fuego que visita la piedra,  
en el arduo penar del incendio del árbol.

Cariátide de hielo sombra gris plateada  
amante de una obscena y sin embargo blancura  
que deslíe sus naves cuando hierven las nubes.

Y con todo es el mar y la sombra en que vive,  
y el mástil que despunta con el viento en las velas,  
y la noche serena que reluce en la plata.

De oro el estambre gris, la túnica de bronce  
llama a la oscuridad con la voz agraviada.  
Esconde el tulipán en muñones sagrados  
y secuestra el delirio con el horno del pan.

Se estremecen las hordas de un sangriento pasado  
y sucumben las aves en esquirlas de mito,  
desaparece el cauce que dormía al azar  
enterrado entre piedras sin ni un agujijón.

Tirita la tiniebla con la voz de la escarcha  
y sus fauces son crines que desean el beso,  
los pétalos de arroyo que arrullan las culebras,  
las serpientes que nadan en la sangre que late.

Soy yo misma sabana con la rama que cruje,  
el león que despierta, que persigue la cebra,  
que amuralla los tallos y reza a Lucifer  
en un rito pagano con esquirlas de luz.

Devastación extrema que anuncia las catástrofes  
de un infierno que aclama lo podrido y corrupto,  
con la cruel insistencia de un sentir fervoroso  
que maldice la hierba y que quema las flores.

Arrasas los jilgueros, con su trino la tundra,  
con la espada el misterio, con la luna la sombra,  
con el alma del viento surgirán vendavales,  
del palpitar del fuego los castillos de auroras.

Me lastimo en el vado con la carne que nutre  
esa salvia del tojo que amanece los árboles,  
y en la cruz del espliego rememoro tristeza  
como el agua que fragua la lágrima del bosque.

Defendiendo las torres llegaron los apriscos,  
eludiendo los sauces y sus hojas de savia,  
fecundados los goznes y desiertas las puertas  
como un llanto nevado que quebranta la plata.

Me envuelvo en soledad y en soledad deliro,  
delirio y solamente delirio y soledad,  
un lirio, una amapola, una sola soledad  
y sola y solitaria y una sola amapola.

Nieva el alba en el alba y con su barco palpita  
y es de brisa la nube con la sangre que llama  
y es de brisa el escudo que desea la llama.  
El incendio es fugaz y sus alas son tristes,  
como el viento que acaba y desvanece el alfil  
y la escarcha se nutre en un cielo lejano.

Soy el filo del hacha que taladra tu beso  
con la tierna semilla que termina en la mesa,  
y soy el huracán que deslíe el navío  
y la hija de luna que estremece los peces.  
Las flores se desnudan y mutilan los pétalos,  
los narcisos que vuelan y se nublan volando.

Como el árbol que vibra por el aire las ramas,  
como el cisne que vuela escanciando sus alas,  
así penetra el fuego en su savia desnuda,  
en su vuelo de alondra, en sus plumas reales,  
con sus labios de harina, con la espada del bien,  
portavoz de la sangre y de sus nidos de abeja.

Eres miel que derramo en la corteza del bosque,  
soliloquio de albura que ha olvidado el color,  
una entraña de selva cubierta por el nácar,  
una lluvia de mayo que florece en tus ojos,  
esa escarcha que encierra el remolino del sol  
con la llave que entierra los bramidos del sur.

Se desuella la hierba con su río de plata,  
y es de plata su verde con el gris de la escarcha,  
acontece en la noche desde un ansia letal,  
es el águila que amarra con sus garras tristísimas  
y circunscribe el vuelo del deseo dulcísimo  
que se apaga en la cripta pereciendo su lava.

Los cipreses se agitan elevando su tiempo,  
el recuerdo perdura con pesar en la fuente,  
saltamontes del río que suscitan dolor,  
pasajeros de un lago que arrulla las gaviotas  
y se incendia en su fondo como una hoja caduca  
que presiente la noche, que presiente el amor.